

Nos visita el Señor en la fiesta de san Rosendo también este año en el camino cuaresmal hacia la Pascua del Resucitado. Una senda que estamos recorriendo con el firme propósito de encender nuestro corazón en la caridad de Cristo. Una senda de conversión que nunca hemos de abandonar.

San Rosendo es modelo y molde para hacer vida y misión la caridad de Cristo en cada corazón de esta Iglesia de Mondoñedo-Ferrol. Si vamos conociendo e imitando cómo crece el amor de Dios en nuestro santo patrono, adelantaremos en esta senda de conversión para realizar la misión que el Señor nos encomienda a cada uno según los dones y las fuerzas que Él mismo nos otorga.

San Rosendo recibe y acepta la misión con la alegría de quien ha puesto el corazón solo en Dios y en su plan de salvación. Sin excusarse en sus debilidades, en su inexperiencia o en el temor ante la encomienda, afronta el reto de ir en busca de las ovejas, como hace el Buen Pastor, con la misma caridad de Cristo. Rescata a las esparcidas y las reúne en la tierra de la promesa, que es la Iglesia misionera, misericordiosa y samaritana. Las apacienta en los mejores y más suculentos pastos, sin dejar de salir a buscar a las que todavía no han encontrado la puerta del aprisco. En el camino de vuelta se detiene a descubrir, curar y vendar heridas con escucha atenta, paciencia y cariño. Es justo con todas. Fortalece a las débiles y exige generosidad a las que solo se han preocupado de ellas mismas engordando mientras las otras no tenían lo suficiente.

San Rosendo, siempre en misión, revestido del amor de Cristo, deseoso de ir a un lugar apartado para dedicar su mente y su corazón enteramente a Dios, se compadece de quienes andan como ovejas sin pastor. Sin vacilar, fuerte en el Señor, hace frente al mal, con el que no hay que dialogar. El mal que acarrea dolor y sufrimiento, vacío y tristeza, a los hijos amados de Dios. El mal de los mil rostros, que resulta ser un lobo devorador que se ceba con las ovejas más frágiles y malheridas. El mal que llena los corazones de ponzoña y los enfría dejándolos a la deriva, lejos del verdadero amor. Pero un mal ante el que san Rosendo resiste y permanece firme porque se fortalece en la íntima unión orante con Cristo.

Pidamos al Señor que se encienda nuestro corazón en la caridad de Cristo, como prendió en el corazón de san Rosendo, para aceptar con gozo la misión que recibimos del Señor. Que, con una oración incesante, mantengamos encendido nuestro corazón para salir al encuentro de quienes están desperdigados o no encuentran el camino del redil: los decepcionados, los desencantados, los dubitativos, los que quieren una fe a la carta, los que no entienden el mensaje... Que, con esa oración personal y eclesial, el Señor nos permita hacer frente al mal, como se lo concedió a nuestro patrono. Para luchar contra la desesperación, contra la tristeza, contra el desprecio de los humildes, contra el odio y la violencia, contra la falta de respeto y de libertad, contra el egoísmo y la injusticia, contra la indiferencia y la comodidad.

Que la luz de este fiel discípulo misionero de Cristo brille en nuestros corazones y en nuestros ojos y resplandezca como luminaria de la Iglesia que peregrina en Mondoñedo-Ferrol desde hace tantos siglos. Que nuestro rostro y nuestras obras —nuestro corazón misionero ardiendo en el amor de Cristo— den testimonio de la fe que hemos recibido gracias a la entrega de san Rosendo, para que los duros trabajos del Evangelio den frutos abundantes. Amén.